

Don Ignacio de Zabalo Zuazola'

El «caballerito inventor»

por

Fausto Arocena

UN "SOLDADO DESCONOCIDO"

En el cuerpo de ejército de investigadores comandado por el buen Conde de Peñafiorida hay un "soldado desconocido". No es que su nombre haya desaparecido totalmente de los anales, sino que en ellos está como soterrado y esperando el advenimiento de quien le saque a pública comparecencia.

Claro está que no alcanza la talla de un Elhuyar. Pero tenía ciertamente derecho a un mayor calor de afecto hacia su persona. Voy, por ello, a intentar remover las brasas de nuestro brasero, para que refuljan las chispas del ingenio del ilustre vergarés, Ignacio de Zabalo Zuazola.

Este claro varón, decoro de la Bascongada de Amigos del País, logró, por deducción analítica, no por mañas de espionaje, sorprender un misterioso procedimiento de que se ufanan los ingleses, atraer sobre su descubrimiento una Real Cédula de privilegio exclusivo y conseguir que los acreditados espaderos de Toledo explotasen en propio beneficio su portentoso hallazgo.

Todo eso irá viéndolo quien leyere.

LOS INGLESES TIENEN UN SECRETO

Los ingleses producían unos maravillosos botones que eran unos magníficos botones de muestra. Eran plateados y estaban dotados de muy apreciables calidades que en vano procuraban imitar los industriales de otras naciones. En tales términos, la concurrencia se hacía imposible, y no quedaba otro medio que aguzar el ingenio para sorprender el secreto de que tan avaros se mostraban los rubios hijos de Albión.

En ello se afanaban los caballeritos de la corte de Peñafiorida: en descubrir “el misterioso secreto de fundir el acero, sin que desmerezca la ma'eabilidad”.

Hay que anotar que Enrique Horne, escritor inglés sobre asuntos de metalurgia, decía en libro que se tradujo e imprimió en Madrid, año de 1775, que había dado en él una descripción histórica del procedimiento recientemente descubierto “de reducir las barras de acero, fundiéndolas a una testura más compacta y uniforme”. La descripción, sin embargo, si histórica, no debió de ser muy ilustradora. Porque a continuación añadía: “En quanto a la esplicación física de la mutación que sucede en este apreciable metal por el nuevo método de reducirlo, seré breve, y *quizás no tan claro como algunos por su propio interés, querrian que lo fuera*”. Estas reticencias harían cerrar los ojos demasiado abiertos de los incipientes industriales de otras latitudes.

Pero Horne no contaba con Vergara, ni con Zabalo.

EL SECRETO ES COMPARTIDO POR UN GUIPUZCOANO

Don Ignacio de Zabalo Zuazola, a quien “Xabier de Azcoitia”, en los dos renglones que le dedica y que han sido la pista de mi investigación, denomina Profesor, se sintió atraído por la impenetrable esfinge del secreto de los ingleses. Y, como el trabajo esforzado lo alcanza todo, Zabalo, que se esforzó mucho, logró cuanto apetecía.

Después de cerciorado de su descubrimiento, lo sometió a pruebas semiprivadas ante el director, Conde de Peñafiorida, y ante otros Amigos “que quedaron enteramente convencidos y satisfechos”.

“En consecuencia—dice el acta de las Juntas Generales celebradas por la Sociedad en Vitoria por septiembre de 1777—se representó favorablemente en 14 de Abril de este año a la Real Junta de Comercio, por cuyo aviso presenciaron estos ensayos, remitiendo al mismo tiempo tres paquetes de acero de tres calidades, es a saber, acero cementado, refinado y fundido: los que, reconocidos por el visitador de fábricas, resultaron ser de la mejor calidad, como lo expresa la Real Cédula, dada el 17 de Setiembre último, en la que se concede a Ignacio de Zabalo Zuazola privilegio privativo para que, por espacio de ocho años, puede él solo establecer y mantener corrientes estas fábricas”.

LA PROVINCIA CONTRA EL MONOPOLIO

Zabalo, en cuanto tuvo la Real Cédula de privilegio exclusivo, se mostró tan avaro de su exclusividad, como lo estuvieran los ingleses de su secreto. Pero no contaba con que la Diputación se había de mostrar más celosa aún de sus prerrogativas, y así, instruyó a su agente en corte para que dispusiese “el recurso correspondiente a las libertades del país”. No sería ajeno a esta reacción provincial el escrito que elevó a la Diputación Pedro de Allanegui, vecino de Ibarra, en el que denunciaba que se le quería privar por Ignacio de Zabalo Zuazola, a título de privilegio exclusivo, de la explotación de una fábrica de acero cementado que había instalado a sus expensas.

Pero esta animosidad ostensible de la Provincia hacia la concesión de privilegio exclusivo para el joven vergarés, no entrañaba una baja estimación del invento. Porque se da el caso de que la misma Provincia había acogido con mucho favor, antes de la protesta, un memorial del inventor guipuzcoano en el que solicitaba se recomendase su habilidad en las labores de fundición, cementación y refinación del acero “para el surtimiento de las Fábricas del Reyno”. Y así lo hizo la Provincia, aunque al socaire de la recomendación iba la súplica de que no se otorgase privilegio exclusivo. Lo cortés no quitaba lo valiente.

EL ACERO “ZABALO” Y LOS ESPADEROS DE TOLEDO

Madoz, en su siempre interesante Diccionario, recoge tímidamente la noticia: la fábrica de armas de Toledo consumía antes de la guerra de la Independencia “el acero de Vizcaya llamado de *savalo*”, y añade que llegó a tener de él un acopio inmenso. “Aunque se han probado—dice—muchos aceros del reino, no han correspondido”.

La presunción de que ese acero llamado *de savalo* fuese el inventado por el vergarés parece obvia, atendidas las circunstancias que rodean a la atribución. Y viene a sacarnos de toda duda el acta de las Juntas celebradas en Septiembre de 1779 por la Sociedad Bascongada. En ella se alude a las pruebas oficiales realizadas a presencia del Excmo. Señor Conde de Gazola y del oficial de artillería que dirigía la fábrica de espadas de Toledo, por el maestro principal de la misma fábrica, quien sometió “a las más bárbaras pruebas”—así reza el acta—a las seis espa-

das que se fabricaron con el acero de Ignacio de Zabalo. El éxito de las pruebas hizo decir al maestro que “era un acero tan bueno o mejor que el de Alemania”. Por contera, don Josef de Orcasitas, Comisario de Ejército, a quien se remitió una porción de acero refinado, dijo. “No halló razón para que no sólo aquí, sino en toda España, usemos de él con preferencia al extranjero”.

De antiguo era conocido en Toledo el acero natural de Mondragón que halló hospitalidad en las antologías literarias cuyos son estos versos:

“Vencedora espada,
de Mondragón tu acero
y en Toledo templada.”

Pero no es el acero natural el que aquí interesa, sino el artificial del caballero vergarés a quien evoco con un PRESENTE de ostentosas letras versales.

